

ct

María

de
Itziar Pascual

(fragmento)

OFRENDA A ANTONIO MACHADO

(Sentada junto a la ventanilla está MARÍA, una pasajera de abrigo blanco y melena corta encanecida. Tiene tacto gatuno y la mirada habitada de grisura y sombras. La luz que brota de la ventanilla es de vacío y niebla. Pareciera que el avión ha entrado en una zona de turbulencias; puede que escuchemos señales de aviso. El avión se mueve como un barco a la deriva).

MARÍA

Señorita, estoy destemplada... ¿Hemos llegado a los Pirineos? Los Pirineos. ¿No? La niebla es densa y mi vista ya solo intuye... Le pido que me avise. ¿Será tan amable? Gracias. *(Para sí)* Es que es terrible volver al cabo de tanto tiempo. Yo siento la llamada, pero... *(A la azafata)* No, no quiero otra cosa. Aunque... ¿Una manta? Sí, muchas gracias. *(Silencio)*. *(Las turbulencias son muy intensas. María coloca la mano en el asiento.)* Lo que no quiero es tirarme por la ventana... Que sea lo que Dios quiera. *(A la azafata)* Señorita, señorita, ¿qué ocurre? ¿Pero este temblor, este remolino, es lo habitual? ¿Dónde estamos? ¿Qué hora es? ¿Qué hora es en España? Cuando salimos de Ginebra ¿qué hora era? Este tiempo que es el devenir, el camino, es un tiempo entreverado. Yo me fui de España a las dos de la tarde. Las dos de la tarde es la hora de España. ¿Y ahora qué hora es? ¿Qué hora es ahora? La hora española siempre hay que retrasarla un poco. *(Toma una manta que deja junto a su asiento)*. Deje, deje, señorita. Pero avíseme, se lo ruego. *(Un instante. Cierra los ojos)*

(Para sí) Hace tiempo que no tomo barcos ni aviones. Hace tiempo que no salgo de mí misma. Hace tiempo que las olas del Lac Léman se mecen dentro de mi cuerpo. Es la anemia, y la artrosis y las cataratas, que solo permiten las sombras de las siluetas. Pero el reloj, el reloj de mi anhelo, está expectante... *(Las turbulencias son aún más intensas)*. ¿Eres tú, España, la que me llegas? Sabes que ya no hay en mí resistencias. ¿Eres tú, como una aurora?

(El movimiento del avión se detiene. Todo se detiene. Incluso el sordo rumor de los motores. MARÍA, en cambio, se incorpora de su asiento, se pone en pie. No hay cansancio ni vejez en su gesto. Todo es un silencio. Sonríe.)

Yo temía no saber, como se teme el olvido. Pero este silencio, de poeta en pie, solo puede ser suyo, Don Antonio. Usted decía que si todos los españoles hablaran de lo que saben, habría un silencio absoluto en España. Y siento, Don Antonio, su compañía, su presencia desde Colliure, desde esa tumba que lo acuna, junto a los Pirineos...

¿Sabe, Don Antonio? Yo le recuerdo porque apenas soy sombra, pero sombra viva, sombra de anhelo, porqué estoy hecha de memoria y de esperanza. Y le recuerdo junto a mi padre, en Segovia, los pasos que resuenan por la calle de los Desamparados, ante la catedral. La piedra, el musgo sobre la piedra, la sombra aterida en la calle estrecha, y los pasos de dos hombres que caminan juntos. Y con sus pasos los adoquines mojados relucían por la lluvia.

Qué escueta su tumba, Don Antonio. *(Lee el epitafio)* “Y cuando llegue el día / del último viaje/ casi desnudo/ como los hijos del mar”. Sus versos, Don Antonio, siempre fueron amor y conocimiento del pueblo. *(Se agacha, parece quitar unas hojas caídas)* Recuerdo Don Antonio, su frugalidad. Mi padre me contaba que la casera de su pensión, la más sencilla de Segovia, se escandalizaba cuando

le veía dormir con la ventana abierta en pleno invierno. Y le preguntaba por qué lo hacía. Y usted contestaba: "Para que salga el frío, señora. Para que salga el frío".

Pero ese frío nos fue calando, Don Antonio. Y aquí sigue. En esta espera que nos separó. ¿Habrá llegado la hora de los poetas? ¿Habrá llegado la hora de la poesía y de la razón, que mutuamente se alimentan y se acompañan? ¿Será la hora de los poetas enteros, los que guardan la verdad de su pueblo? ¿Será esta la aurora?

(Busca una nota que guarda en algún bolsillo). Yo vengo a rendirle ofrenda, Don Antonio. Cuando llegue a España me esperará Jaime Salinas, el hijo de Pedro. Me esperará el silencio y un hermoso ramo de flores. Pero ese ramo está mejor aquí, con usted, Don Antonio, con su estela paternal, de recuerdo adolescente... *(Deposita un ramo de flores).*

Yo espero que en algún rincón del sueño, mi padre y usted sigan caminando junto al Acueducto. Aquí llevo sus palabras, Don Antonio. "Diga usted a su padre -mi querido don Blas-, que lo recuerdo mucho, y siempre para desearle toda suerte de bienandanzas y de felicidades. Dígale que, hace unas noches, soñé con que nos encontrábamos otra vez en Segovia, libre de fascistas y de reaccionarios, como en los buenos tiempos en que él y yo trabajábamos por la futura República. Estábamos al pie del acueducto y su papá, señalando a los arcos de piedra, me dijo estas palabras: "Vea usted, amigo Machado, cómo conviene amar las cosas grandes y bellas, porque ese acueducto es el único amigo que hoy nos queda en Segovia".

(Una ráfaga de frío mueve las hojas secas y las flores. María guarda la nota, toma la manta que permanecía sobre uno de los asientos. Se la coloca sobre la cabeza, tapándose. María es ahora una refugiada. Pasos, pasos que retumban, voces, ecos, alaridos, niños, sombras y disparos...).